



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 382

15 de julio de 2013

ISSN 1989-4988

DEPÓSITO LEGAL MA 1356-2011

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

NÉSTOR BANDERAS NAVARRO

Más allá de lo espectacular: interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917, de Orlando Figes y Boris Kolonitskii

RESUMEN

La presente reseña trata de ser una presentación a la obra de Orlando Figes y Boris Kolonitskii, *Interpretar la revolución rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, publicada en 2001, así como una reflexión crítica sobre ella. Se aborda desde una perspectiva historiográfica y metodológica incidiendo en la perspectiva cultural y simbólica que utilizan los autores. Además, se incluye una breve presentación de los contenidos generales para animar la lectura de una obra novedosa sobre la revolución rusa.

PALABRAS CLAVE

Revolución rusa, Figes, Símbolos, Clases, Historia cultural.

Néstor Banderas Navarro

Licenciado en Historia Contemporánea por la Universitat de València (España)

banderas_nestor@hotmail.com

[Claseshistoria.com](#)

15/07/2013

La abdicación del zar Nicolás II el 2 de marzo de 1917 tras los sucesos de febrero, la formación del gobierno provisional y la toma del Palacio de Invierno el 25 de octubre del mismo año son, con gran seguridad, los elementos más conocidos de la Revolución Rusa, los sucesos “espectaculares” e inapelables que han configurado el imaginario colectivo respecto a este suceso. Esta misma concepción se puede observar en *Diez días que estremecieron el mundo*, crónica diaria de la Revolución de Octubre realizada por el periodista y militante comunista estadounidense John Reed en 1919. Sin tratar de restar el valor que tuvieron estos hechos, o los de Octubre que narra Reed, es necesario tratar la Revolución Rusa como algo más que un caso espectacular concentrado en unos días decisivos; es decir, debemos poner la mirada en lo continuo, en lo que permanece, en los sucesos del día a día y en los mecanismos culturales y lingüísticos que acompañan todo proceso revolucionario.

Esta determinada visión que tratamos de revalorizar ha sido desarrollada por Orlando Figes y Boris Kolonitskii en la obra que presentamos. Orlando Figes es un historiador británico, profesor de Historia en el Birkbeck College de Londres e investigador de diferentes aspectos de la historia de Rusia y de la Unión Soviética. Algunas de sus obras más conocidas son *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo (1891-1924)* de 2001, *El baile de Natacha: una historia cultural rusa*, de 2006, y *Los que susurran: la represión en la Rusia de Stalin*, de 2009; todas ellas traducidas al español, configurando hitos imprescindibles en la historiografía sobre Rusia y la Unión Soviética. Por otra parte, Boris Kolonitskii es un investigador del Institute of History of the Academy of Sciences en San Petesburgo, con estancias en diferentes universidades y especializado en la Revolución Rusa de 1917, con obras acerca del particular.

En esta reseña crítica trataremos de presentar los contenidos de la obra a través del punto central que utilizan los autores para analizar estos hechos: los símbolos y el lenguaje. No obstante, partiremos de la ubicación historiográfica de esta

obra y de sus autores para continuar con una reflexión metodológica que mostrará cuál es la opción por la que se decantan Figes y Kolonitskii en esta investigación.

La desestalinización llevada a cabo por Krushev, con sus limitaciones, permitió una relativa apertura en los estudios sobre la URSS, pero no fue hasta los sucesos de 1989-1991 cuando se profundizó en este proceso permitiendo una perspectiva más amplia tras la caída de este sistema político. La apertura de archivos permitió un mayor conocimiento de la Revolución Rusa y de la historia de la URSS. Para enmarcar historiográficamente a Figes y Kolonitskii respecto a su obra podemos recurrir a varios paradigmas que nos sirven para definir su metodología histórica. Uno de ellos, tal y como define Jorge Saborido¹, es el del revisionismo en que se enmarcan estos autores por tratar la revolución desde una perspectiva social “desde abajo”, poniendo al acento en las clases subalternas y trabajadores, en la interacción entre el líder y la masa; considerando a los obreros, no como individuos irracionales que siguen a unos grupos fanáticos revolucionarios —como afirmaría la explicación liberal—, sino como sujetos comprensivos y valorativos. Esta visión revisionista tuvo especial impacto en los años 80 con la *glásnost* de Gorbachov y fue especialmente desarrollada por Figes en su obra ya citada *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo (1891-1924)*. Otro de los paradigmas que podemos manejar para ubicar esta obra es el de la historia post-social, es decir, una historia que iría más allá de los enfoques sociales que tuvieron su auge en los años 60 del siglo XX, para centrarse en la importancia del lenguaje y su protagonismo, no sólo como constatación de la realidad, sino como activo constructor de la misma². Esta visión estuvo fuertemente influida por el conocido giro lingüístico de la década de 1980 en Estados Unidos. En la misma línea, se ha hablado de una visión posmodernista para este tipo de estudios culturales por poner el acento en el análisis del discurso y el aparato conceptual. Y, por último, dentro de lo que se ha conocido como historia cultural, la obra de Figes y Kolonitskii podría ubicarse en el terreno de lo que Lynn Hunt llamó “the new cultural history” en 1989, por oposición a la historia de las mentalidades proveniente de

¹ SABORIDO, Jorge. “La historiografía anglosajona sobre la Revolución Rusa: una visión del último medio siglo”. *Hispania*, LXIII/3 núm. 215, 2003, pág. 1085.

<http://hispania.revistas.csic.es/index.php/hispania/article/viewArticle/214>

² PÉREZ, Manuel. “Historia social e historia cultural (sobre algunas publicaciones recientes). *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 20, 2008, pág. 236.

Annales de los años 60. La nueva historia cultural reúne un gran espectro de posibilidades metodológicas y enmarca a autores variados como Bajtin, Elias, Foucault, Bourdieu o Geertz; pero tiene algunas características básicas que ya hemos advertido: la importancia del lenguaje y de los símbolos, y los estudios de casos concretos. Bajo estas ideas pondremos la mirada en la metodología a la que recurren Figes y Kolonitskii para su obra. No obstante, hay que tener en cuenta que la historia cultural en general, y el punto de vista del lenguaje en particular, han sufrido bastantes ataques en los últimos años. Se ha criticado duramente el “fetichismo” del lenguaje que, según determinadas visiones, impera en la historiografía actual, en detrimento de la historia social o la historia económica. Sin ser este el lugar para entrar en un debate tan fructífero, centrémonos en la obra que presentamos para valorar su contribución.

El título de la obra ya permite conjeturar el contenido de la misma: *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*. No es una historia de la Revolución Rusa al uso ni pretende serlo, sino que busca interpretar este hecho poniendo el acento metodológico en el lenguaje y los símbolos. Esta voluntad aparece desde el principio de la obra advirtiendo al lector que encontrará una noción de lenguaje más amplia de la que está acostumbrado: “canciones y textos, banderas y emblemas, ilustraciones y monumentos, estandartes y lemas, habladería popular y rumores, el lenguaje de la ropa y del cuerpo, manifestaciones rituales de la muchedumbre, desfiles y otras ceremonias”³. La metodología que hacen servir estos autores para su interpretación de la Revolución Rusa no recurre al lenguaje, en su visión amplia, como un mero “reflejo pasivo”⁴ de los sucesos políticos y sociales de 1917, sino que hace un tratamiento mucho más completo de las formas de comunicación. Es decir, el lenguaje tiene un cierto poder para influir en la realidad y construir parte de ella; puede configurar las realidades y los conceptos que se utilizan en un proceso revolucionario como este. El lenguaje no es un mecanismo inocente de expresión verbal o simbólica, sino que constituye un arma de configuración política y social. Como afirmaría el crítico literario ruso Mijaíl Bajtín, el lenguaje surge como un terreno de enfrentamiento y vive de la interacción dialógica de quienes lo usan; es decir, las palabras son transmitidas por una persona (o colectivo) y van dirigidas hacia

³ FIGES, Orlando y KOLONITSKII, Boris. *Interpretar la revolución rusa: el lenguaje y los símbolos de 1917*. Madrid, Biblioteca Nueva; Valencia, Universitat de València, 2001, pág. 17.

⁴ Ídem, pág. 53.

otra, viven en una relación constante, y recogen un complejo mundo de significados precedentes⁵. La palabra es, en cierto modo, *exotópica* porque no se agota en un tiempo o en un espacio⁶, sino que pervive más allá incorporando significados que, en muchas ocasiones, pueden llegar a ser contradictorios. En la obra de Figes y Kolonitskii queda clara esta idea de la manipulación del lenguaje, no en sentido negativo, sino refiriéndose a la modificación del significado de las palabras. Esta manipulación es debida a la convicción que se tiene en el poder del lenguaje: el lenguaje configura la realidad de las clases sociales, resta legitimidad a unos símbolos y enaltece otros, contribuye a la caída de regímenes, genera cultos y construye identidades.

Otro de los referentes teóricos que pueden ayudarnos a comprender el enfoque metodológico de esta obra es el del historiador alemán de los conceptos Reinhart Koselleck. Figes y Kolonitskii hacen uso de múltiples conceptos en su obra: “democracia”, “clase”, “obrero”, “campesino”, “burgués”, “ciudadano”, entre otros; y todos ellos resultan ser un registro de la realidad existente y, al mismo tiempo, un factor de transformación de ésta⁷. El concepto es un paso más allá de la palabra en sí porque, mientras que ésta puede considerarse unívoca, el concepto tiene un sentido de *polivocidad*, esto es, tiene una pluralidad de contenidos diversos⁸. Como han puesto de manifiesto la hermenéutica alemana y la “new history” inglesa, los conceptos son históricos y el investigador no puede alejarse de esta consideración. Los conceptos actúan en una determinada sociedad pero la trascienden, desplazándose hacia otros contextos totalmente diferentes y adquiriendo significados que pueden llegar a ser muy distintos del original. Con el concepto de “burguesía” o “burzhooi” es posible observar esta tensión entre significados, así como el uso político que se hace de ello, como muy bien narran Figes y Kolonitskii.

⁵ PÉREZ, Op. Cit. pág. 242.

⁶ PONZIO, Augusto. *La revolución bajtiniana: el pensamiento de Bajtín y la ideología contemporánea*. Madrid, Cátedra; Valencia, Universitat de València, 1998, pág. 10.

⁷ KOSELLECK, Reinhart. *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, ICE, 1997, pág. 21

⁸ BISET, Emmanuel. “Conceptos, totalidad y contingencia. Una lectura de Reinhart Koselleck”. *Res publica*, 23, 2010, pág. 137.

Como hemos indicado al principio, esta obra valora la Revolución Rusa más allá de lo espectacular de sus hechos poniendo el punto de mira en acciones que pueden pasar desapercibidas, o que se toman como menos importantes pero que, en conjunto, adquieren gran relevancia. Como ejemplo podemos citar lo desarrollado por los autores en el capítulo primero: “La desacralización de la monarquía: los rumores y la caída de los Romanov”. En este capítulo se otorga una gran importancia a los rumores como factor que minó la confianza en el Zar y su autoridad divina. Los rumores galvanizaron a las multitudes generando un odio violento hacia la monarquía, fomentando las habladurías acerca de las aventuras sexuales de la Zarina con Rasputín, de la traición del gobierno de Rusia o la connivencia con los alemanes. Los rumores —unidos a un marco complejo de factores que no es posible desarrollar aquí— restaron credibilidad a la monarquía, allanando el camino para los sucesos de febrero de 1917. Figes y Kolonitskii desarrollan de forma muy correcta y concisa cómo estos factores tuvieron su relevancia en las clases sociales bajas, yendo más allá de una explicación liberal o política de los hechos revolucionarios. Lo mismo podría desarrollarse de acciones como la vestimenta de cintas rojas y flores atadas, o el cambio de nombres durante 1917. Todas estas acciones pueden considerarse ejemplos de lo que James C. Scott denominó como “armas de los débiles” (“weapons of the weak”⁹) refiriéndose a acciones que, tras su aparente simplicidad y escasa organización, y evitando confrontaciones directas, permiten una resistencia muy efectiva. Este autor analizó pequeñas desviaciones concretas para el caso de Vietnam y mostró cómo estos pequeños hechos y actos lingüísticos pueden ser un claro boicot individual a la autoridad, siendo efectivos en un periodo de larga duración. El lenguaje, como uno de los elementos de estas “armas de los débiles” tiene un claro poder constructivo y destructivo: constructivo por generar identidades y fidelidades, y destructivo por derruir legitimidades de forma paulatina. “Las palabras y los signos actuaban como un código de comunicación cuyas señales servían para autorizar y legitimar las acciones de la multitud”¹⁰ indican Figes y Kolonitskii acerca de esta idea. Las fidelidades que los símbolos construían permitían llegar hasta situaciones

⁹ SCOTT, James C. *Weapons of the Weak: everyday forms of peasant resistance*. New Haven, Yale University Press, 1985.

¹⁰ FIGES y KOLONITSKII, Op. Cit. pág. 19.

extremas, como se observa en esta obra, y llevaban a arriesgar “vidas para colocar una bandera roja en un edificio zarista”¹¹.

Para concretar cuál fue el uso revolucionario del lenguaje y de los símbolos — sin pretender agotar la complejidad que Figes y Kolonitskii narran— nos referiremos a cinco grandes campos de uso del lenguaje: el cambio de símbolos con la revolución de 1917, el culto al líder, el lenguaje de la clase obrera, el lenguaje del campesinado y la conceptualización del enemigo “burgués”.

La revolución de 1917 trajo un importante cambio de símbolos y un uso deliberado de éstos por parte de las multitudes. Los autores dan cuenta del amplio abanico de símbolos que participaron activamente en los sucesos revolucionarios, y establecen una línea de continuidad con la Revolución Francesa: una línea de continuidad metodológica en cuanto a los recursos utilizados por investigadores de estos hechos, que permiten ver la aplicación de unos fundamentos teóricos a sucesos diferentes; y una línea de continuidad práctica, al mostrar cómo los símbolos usados en la Revolución Rusa tuvieron un papel semejante al que tuvieron en 1789 en Francia. La unificación de las multitudes, la llamada a la manifestación que ejemplifican las canciones revolucionarias —con los conflictos entre versiones de la heredada Marsellesa, y la nueva Internacional—, el cambio de nombres de lugares, la modificación de las formas de trato, el canon cultural y simbólico conformado por distintos lugares revolucionarios y la iconoclastia, con la destrucción de símbolos zaristas (como la odiada prisión de la Fortaleza de Pedro y Pablo): son todos estos elementos los que dan cuenta de la importancia de la sustitución de símbolos como elementos de poder, y de los grandes paralelismos entre las dos revoluciones contemporáneas más comentadas. Boris y Kolonitskii dedican algunas páginas a estas analogías entre los sucesos de 1789 y 1917; no obstante, una mayor profundización en este tema arrojaría luz sobre la continuidad de los símbolos revolucionarios en una perspectiva global.

El culto al líder es otro de los ejemplos que ponen los autores para ilustrar cómo se construye un sistema simbólico de legitimación hacia diversas figuras, y cómo ese mismo sistema de símbolos transformado sirve para derrocar su valía como figura central. Los autores establecen líneas de continuidad entre los cultos de Nicolás II,

¹¹ FIGES y KOLONITSKII, Op. Cit. pág. 55.

Kerenski, Kornilov y Lenin, mostrando en ellos los residuos del sentimiento y la psicología monárquica de los rusos, así como la veneración de la autoridad. Por citar un ejemplo, el culto de Lenin se trató de legitimar a través de lemas populares surgidos como el de “Larga vida al camarada Lenin”, poniendo de relieve, de nuevo, la importancia del lenguaje en esta construcción simbólica. En estos casos que citan Figes y Kolonitskii nos encontramos ante una posible aplicación práctica del “dominio” y la “legitimidad carismática” weberiana por reclamar legítimamente a los de “abajo” la aceptación tácita de dicha autoridad¹². Existe en este dominio hacia líderes como Kerenski o Lenin, como ponen de relieve los autores, una percepción subjetiva que les reconoce una legitimidad carismática, haciendo posible su ostentación del poder. La aportación del capítulo dedicado al culto al líder en la Revolución Rusa es un gran ejemplo de interpretación continua de este fenómeno a través de los mecanismos del lenguaje, presente en muchos más episodios.

Respecto a la construcción del lenguaje de clase, Figes y Kolonitskii hacen una gran aportación para el caso ruso teniendo en cuenta la medicación que supone el lenguaje en la configuración de la idea de clase. Esta perspectiva fue adoptada por Gareth Stedman Jones¹³ para el caso de la clase obrera inglesa que había estudiado previamente E. P. Thompson. La clase, lejos de ser la entidad inmóvil proveniente de los esquemas marxistas, se construye por parte de unos actores a través de un lenguaje político y una serie de discursos. En el caso ruso observamos por medio del análisis de esta obra cómo la clase obrera se construyó a través de una perspectiva dicotómica de la sociedad, diferenciando entre “nosotros” y “ellos”. Como es lógico, esta construcción se hizo a través de lemas y canciones como la *Marsellesa* o *La Internacional* que propugnan una visión simplista de la realidad entre la clase trabajadora y los “parásitos”. La apropiación lingüística de conceptos como “pueblo trabajador” o “democracia” iría más allá de la vertiente estrictamente verbal, y se concretaría en una radicalización evidente. La misma importancia que tiene el lenguaje

¹² La legitimidad carismática que analiza Max Weber suele tener un origen religioso o debido a la persuasión y convicción que ejerce determinado individuo, un individuo singular reconocido como excepcional y con características virtuosas. Raymond Aron vería en Lenin un ejemplo de este dominio por basar su poder en la devoción que le profesaban los hombres. Cfr. ARON, Raymond. *Las etapas del pensamiento sociológico*. Buenos Aires, Siglo Veinte, vol. 2, 1970, pág. 311.

¹³ JONES, Gareth Stedman. *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid, Siglo XXI de España, 1988.

para el caso de los obreros la tiene para el campesinado. La complejidad del campesinado ruso y de su actuación no se puede abordar si no es a través del análisis conjunto de la psicología específica de estos individuos, la influencia del socialismo y de su lenguaje con tintes religiosos, y la apropiación y reinterpretación lingüística —la “transcripción oculta” de James C. Scott— de conceptos y lenguajes que penetraron en Rusia. En los cambios de significado y las malinterpretaciones de conceptos por parte del campesinado, haciendo valer su específica cultura política, observamos la *polivocidad* a que hacíamos referencia anteriormente, o el poder del lenguaje, en palabras de Bajtín.

Por último, los autores ponen de relieve el uso del lenguaje para la conformación lingüística del enemigo, el “burgués” o “burzhooi”. También se refieren a la necesidad de enemigos totales que se crean, como los alemanes o los ingleses en el contexto de la Primera Guerra Mundial; pero es en la conceptualización del enemigo burgués donde se observa mejor este poder del lenguaje. La concepción de la “burguesía” que llega a Rusia en 1917 no es ya la idea que se tenía de una burguesía —considerada como tipo ideal— que había protagonizado la revolución, era emprendedora y basaba su riqueza en el mérito, sino que es la idea negativa del explotador y del parásito. El concepto de “burzhooi” en Rusia se ha ensanchado de tal forma que puede llegar a integrar a ex-capitalistas, funcionarios nobles, comerciantes, kulaks, e incluso la *intelligentsia* rusa. Esta determinada visión del “burgués” fue construida por los bolcheviques, venciendo el resto de aplicaciones que hicieron los socialistas revolucionarios o los mencheviques, como bien narran Figes y Kolonitskii. El “burgués” apareció como sinónimo de “contrarrevolución”, demonizándolo y aplicándole todos los atributos negativos que impedían el avance de la revolución bolchevique.

Los hechos de 1917 y el uso del lenguaje para su legitimación tuvieron muchas repercusiones en toda la historia de la URSS, pero tuvieron también una derivación más directa: el terror. El terror llevado a cabo por el bolchevismo y por Lenin se enmarca claramente en el contexto de guerra total de la Primera Guerra Mundial¹⁴. Como afirmó F. Furet, el bolchevismo y el fascismo fueron hijos de la guerra; poniendo

¹⁴ BRUNETEAU, Bernard. “La guerra de 1914 como pedagogía de la violencia extrema”. *El siglo de los genocidios: violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*. Madrid, Alianza Editorial, 2006, pp. 46-58.

de relieve la enorme influencia que tiene la guerra europea para formar la cultura de la violencia, del sacrificio y de lo colectivo. Por medio del lenguaje, entendido como construcción cultural que crea realidad política, se puso en marcha un terror que se puede observar en lemas como el de “Muerte a los burgueses” en las salas de interrogación de la Cheka, o en las palabras de Latzis como primer jefe de esta organización en Kiev: “Durante la investigación, no busquéis pruebas de lo que el acusado ha hecho [...] la primera pregunta que debéis hacerle es a qué clase pertenece”¹⁵. De hecho, Lenin contribuyó deliberadamente a la construcción negativa del concepto de “burgués” para legitimar el terror: habló en términos evolucionistas y milenaristas, tildando a los burgueses de “pulgas”, “parásitos”, y con genes dañinos, además de afirmar la necesidad de destruir el pueblo reaccionario para construir un pueblo nuevo. La misma invención de la clase a través de mecanismos lingüísticos, pero que ya no abordan los autores, se observa en la liquidación de los kulaks en tanto que clase con Stalin.

A través de estas breves páginas donde hemos tratado de presentar *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917* esperamos haber animado a la lectura de una obra que se ha hecho un hueco en la historiografía acerca de la Revolución Rusa por ser la primera en abordarla desde un enfoque cultural y lingüístico. Estos enfoques que algunos llaman posmodernistas no han abundado en las investigaciones sobre los hechos de 1917 en Rusia, a diferencia de otros casos como el francés. No obstante, es necesario no caer en la trampa de considerar el lenguaje como un factor autónomo, con vida propia; el lenguaje puede construir realidad y contribuir a su conformación, pero lo hace desde unos actores que tienen un “mundo de vida” particular a partir del cual razonan. La metodología utilizada por Figes y Kolonitskii transita en esta perspectiva valorando el lenguaje a partir del uso realizado por unos grupos sociales determinados con objetivos. Es cierto que se pueden atribuir algunas leves deficiencias en este estudio: un tratamiento no muy extenso de las amplias regiones de Rusia, la simplicidad al tratar los campesinos como grupo social, el poco detenimiento en Octubre de 1917 —a pesar de que el título abarca todo ese año— a diferencia de Febrero, y una concreción única en 1917. La Revolución Rusa tuvo lugar en 1917 como fecha estricta de arranque pero, en el

¹⁵ BRUNETEAU, Bernard. “La propedéutica del terror masivo leninista”. *El siglo de los genocidios: violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*. Madrid, Alianza Editorial, 2006, pág. 89.

debate clásico de hasta qué momento alargar este suceso, la historiadora Sheila Fitzpatrick¹⁶ amplía el sentir revolucionario hasta las purgas estalinistas de 1937-1938, incluyéndolas en el proceso general. Un estudio más amplio del papel de los símbolos más allá del año concreto de 1917 arrojaría más luz a este campo y permitiría establecer líneas de continuidad y evolución. Todo ello no resta valor a una obra imprescindible para estudiar la Revolución Rusa, una obra bien pensada y construida, con una solidez indiscutible en sus fuentes.

¹⁶ Uno de los autores que interpretan la Revolución Rusa desde un punto de vista más global, concretamente desde febrero de 1917, pasando por octubre, la guerra civil, la NEP y el gobierno de Stalin es: FITZPATRICK, Sheila. *La Revolución Rusa*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina, 2004.